

SAN JUAN FRANCISCO REGIS

Una biografía corta
por Fanch Morvannou



Congregación de los Sagrados Corazones SSCC
(Abril 2020)

SAN JUAN FRANCISCO REGIS

Patrón de la Ramo secular de los Sagrados Corazones

(1597-1640)

Juan Francisco Regis nació el 31 de enero 1597 en Fontcouverte (Aude), localidad situada a medio camino entre Carcassone y Narbonne. De una "naturaleza de fuego, de un humor simpático, de un aspecto abierto, aprendiendo a un tiempo el francés y el patois, que le sería muy útil en su apostolado popular", escribe uno de sus biógrafos (ese 'patois' que el Buen Padre al llegar a Mende no comprende y llama con toda justicia el "*languedociano*", es una lengua auténtica, el "ocitano" del Sur de Francia).

Hizo sus estudios en el Colegio de los jesuitas de Béziers, y él mismo entró en al noviciado de la Compañía de Jesús en Toulouse, el 8 de diciembre 1616. Al terminar su noviciado, cursó un año de retórica en Cahors, enseñó gramática durante tres años en el Colegio de los jesuitas de Billom (Puy-de-Dôme); después estudió la filosofía (1622-1625) en Tournon, de nuevo la gramática en Puy y en Auch, y llega a Toulouse en 1628 para los estudios de teología. Se ordenó sacerdote en 1630: tenía 33 años..., le quedaban diez años de vida.

Las guerras de religión (1562-1598), que habían enfrentado a papistas y hugonotes, no fueron ni más ni menos que una guerra civil, que tuvieron como consecuencia, una gran miseria material, moral y religiosa en el pueblo. Sin hablar de la fractura de la Iglesia de Occidente que supuso el suceso de la Reforma Protestante. Al finalizar el Concilio de Trento (1545-1563), se puso en marcha la Reforma Católica: en Francia los progresos del protestantismo fueron frenados. Sin embargo, el Edicto de Nantes (1598) había reconocido a los protestantes la libertad de conciencia y de culto: pudieron por tanto vivir su cristianismo según la doctrina de Calvino.

No obstante, en modo alguno había llegado aún la hora del ecumenismo. Hubo, por el lado católico, hombres de Dios de una gran paciencia y caridad y de un gran respeto por el otro, a pesar de las controversias: San Pedro Canisio, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, y también nuestro San Juan Francisco Regis, lo que no impedía la determinación de frenar el avance protestante y la intención de volver al redil católico romano a quienes se habían convertido en protestantes. Por ello, Juan Francisco Regis, en los primeros meses de su sacerdocio, llegó a Montpellier, una de las ciudadelas del calvinismo; al no poder convertirlos masivamente, organizó asociaciones de caridad, se ocupó de la regeneración de las prostitutas.

En Pascua de 1634, con otros compañeros jesuitas, fue llamado por el obispo de Viviers para recristianizar el Vivarais, donde las ruinas espirituales eran considerables. Después de haberse iniciado y preparado el grupo, Regis y sus Compañeros fueron llamados al Colegio de los jesuitas de Puy. Regis se sintió atraído por las misiones del Canadá (donde brillarían, después de su propia muerte, sus santos Compañeros, los mártires Isaac Jogues, Juan de Brébeuf y todo el resto). Pero Regis hubo de escuchar la respuesta de sus superiores: "*Tu propio Canadá es el Vivarais*".

Lo mismo sucedió con el Velay y el sur de Forez. Los jesuitas se instalaban por parejas en las "*residencias provisionales*", desde donde se distribuían para misionar en los campos de alrededor. De hecho era sobretudo Regis el que salía, mientras su compañero permanecía en la "*residencia*" para los trabajos más sedentarios. En las montañas jamás habían visto prácticamente un sacerdote. Regis era una fuerza de la naturaleza. Así que iba de choza en choza, con su confesionario portátil a las espaldas, enfrentado a la lluvia, a la nieve, sin preocuparse del alimento o del refugio... Anunció a Jesucristo en '*patois*', y aquellos montaraces, espléndidos catadores del arroyo físico, no tardaron en darse cuenta de que eran amados por ese sacerdote tan cercano a ellos. Haciéndose todo para todos, Regis no dejó de cosechar reacciones denigrantes sufriendo golpes, recibiendo amenazas de muerte; su respuesta era siempre una mayor dulzura, mayor paciencia y mayor felicidad.

Después de Pascua de 1636, organizó su año en dos periodos: en el verano, catecismo, predicación, y obras de caridad en Puy; en invierno, apostolado itinerante en las montañas. En Puy como en Montpellier, organizó el "*refugio de las arrepentidas*". Al haberse prohibido llevar cualquier especie de puntillas, 40.000 mujeres y jóvenes de Velay quedaban en peligro de paro forzoso: se dirigieron a Regis quien, con audacia suprema, les aseguró que la fabricación volvería a funcionar y a aumentar el comercio. Efectivamente, el edicto fue pronto retirado.

En octubre de 1640, Regis volvió a tomar el camino de sus queridas montañas del Velay y del Vivarais. Se alojaba donde podía, tratando de encontrar un sagrario ante el que prolongar sus adoración antes de dormir algunas horas. Cuando la iglesia estaba cerrada, la adoración la hacía en el exterior bajo el viento del norte: se diría que el fuego interior que le consumía le volvía indiferente a los rigores de la estación sobre aquellas rudas montañas. Yendo a evangelizar a los pobres, fue también evangelizado por ellos: aquellos montañeses honestos, rectos y de coraje, tenían una gran ignorancia en todos los aspectos y una gran pobreza material; toscos, incultos, su relación ofrecía a Regis pocas satisfacciones. La consecuencia fue para Regis la de un despojo muy fecundo espiritualmente; enriquecido de una notable cultura humanista, la dejó de lado para hablar a estos pobres con un lenguaje simple y accesible. Amados por Regis, aquellas gentes se sintieron amadas por Dios.

Regis había prometido abrir una misión el 23 de diciembre de ese año 1640 en el minúsculo poblado de Lalouvesc (Ardèche), actualmente ayuntamiento de 494 habitantes. Su compañero y él se perdieron en la noche de una tempestad de nieve. Llegaron al día siguiente, transidos de frío y de fiebre. Regis predicó y confesó sin descanso los días 24, 25 y 26 de diciembre. Después se desvaneció. Vuelto en sí, se puso aún a confesar. El 31 de diciembre 1640, un cuarto de hora antes de medianoche, dijo a su compañero: "*Veo a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que me abren el paraíso*" e inmediatamente entregó su bella alma a Dios.

Los habitantes de Lalouvesc impidieron que su cuerpo fuera llevado a Puy. Los jesuitas hicieron las debidas diligencias; en 1716, Juan Francisco Regis fue beatificado, y canonizado en 1737: era el 16 de junio, que desde entonces es el día de su fiesta litúrgica.. Lalouvesc construyó (1871) una basílica a san Regis, con edificios para acoger a los peregrinos; una congregación femenina (el Cenáculo) fue fundada para ello por santa Teresa Couderc, cuya tumba se encuentra también en Louvesc. Mucho antes de estas construcciones, en el verano de 1806, un peregrino anónimo de veinte años, había hecho cien kilómetros a pie para pedir a san Juan Francisco Regis "*la gracia de saber el latín suficiente para estudiar la teología*": fue escuchado lentamente; se llamaba Juan María Vianney, el futuro párroco de Ars.

La canonización de un jesuita en 1737 pareció ser como una gracia, o como un respiro, al menos en Francia. Efectivamente, desde hacía varios decenios, los jesuitas eran el blanco de numerosos ataques, principalmente de parte de los jansenistas. El final de la Compañía de Jesús estaba ya programado. Sucesivamente, tres potencias católicas la suprimieron en sus territorios, colonias incluidas: Portugal (1759), Francia (1764), España (1767). En 1773 el papa Clemente XIV decretó la disolución de la orden de los jesuitas en todo el mundo católico (se mantuvo en Rusia ortodoxa). La Compañía de Jesús fue restablecida en 1814 por el papa Pío VII.

San Juan Francisco Regis, que jamás había salido de los límites de su Ocitania natal, fue en Poitiers objeto de un notable fervor. Se debió a que Poitiers contaba con un establecimiento jesuita, el colegio Santa Marta. Entre 1737 y 1764, los jesuitas tuvieron ocasión y tiempo para dar a conocer la santidad resplandeciente de su compañero. Se conmovieron por la juventud de este apasionado de Dios y de las almas, muerto en pleno invierno, a los 43 años, en una región perdida. La supresión de la Compañía de Jesús fue por eso mucho más sentida: ¿cómo un árbol que había dado tales frutos podía ser malo? A la llegada de

la Revolución, el culto de san Regis no sufrió mengua alguna, todo lo contrario. *"En aquel tiempo, revelará más tarde el P. Coudrin, yo era todo fuego"*. El apóstol de los montañeses ¿no había sido, también él, *"todo fuego"* durante su vida? ¿No había sido la imagen viva del *"celador"* del que el mismo Buen Padre era una réplica, y que deseaba llegara a ser más tarde la cualidad de todos sus hijos? Durante el periodo revolucionario, se creó en Poitiers una sociedad clandestina constituida por mujeres y sacerdotes, cuyo nombre cifrado fue *"la Inmensidad"*: esta sociedad, matriz de la futura congregación de los Sagrados Corazones, recibió en sus estatutos de 1795 (art. 10) a San Juan Francisco Regis como patrón. Al hilo de redacciones sucesivas de las Constituciones de la Congregación, se llegó a la Regla de 1826, que dice expresamente: *"La Sociedad exterior, en todos los lugares en que sea establecida, tendrá por patrón a san Juan Francisco Regis"*. Estas disposiciones han sido retomadas en las Constituciones de 1990.

Sacerdote de Poitiers, antiguo profesor del Buen Padre en la Facultad de Teología (situada en los locales del antiguo Colegio Jesuita), Mons. Charles François d'Aviau había sido nombrado antes de la Revolución Arzobispo de la Viena-en-Francia (diócesis suprimida en 1790), cuya jurisdicción comprendía esta aparte del Vivarais en que se encuentra Lalouvesc. Ya un muy devoto admirador de san Regis por su formación poitevina, Mons. d'Aviau estaba particularmente feliz de tener en su diócesis un célebre lugar espiritual como era Lalouvesc. El Buen Padre no ignoraba nada de todo esto cuando fue él mismo a la tumba de San Regis en julio 1802. En el mes de mayo de aquel año, se había trasladado a Mende, de donde Mons. Jean-Baptiste de Chabot, tío de la Buena Madre, habiendo renunciado a su diócesis por el Contrato de Napoleón con la Iglesia, acababa de ser nombrado obispo de Mende y había tomado al Buen Padre como ayudante, Vicario General. En el Concordato, la Ardèche y la Lozère formaron al principio una sola diócesis: Lalouvesc era pues competencia del obispo de Mende. Este último siempre acompañado por el Buen Padre, presidió allí la traslación de las reliquias de San Francisco Regis (que se habían ocultado en lugar seguro durante la Revolución). El Buen Padre llevó el relicario del Santo sobre sus hombros *"durante más de media hora"*. Que este santo, escribía el Buen Padre, *"nos obtenga a todos y todas una pequeña porción de ese celo que le hizo convertir a todo este país, que es tan bueno para ellos quizás porque está en el cielo quien les acompañó en la tierra"*.

Se encuentra en esta carta del Buen Padre, de fecha del 9 julio 1802, la palabra CELO, que fue el resorte de su propia vida, como de la en verdad admirable, de San Francisco Regis, Patrón de la Rama secular.

Fanch (Francisco) Morvannou
"Les Nouvelles", n° 88 y 89, Junio-Julio 2002

*Oh Dios, que enviaste a san Juan Francisco Regis
para que, recorriendo aldeas y ciudades,
anunciara la paz;
llama operarios que también hoy
se agreguen a los trabajos de tu Hijo.
Por nuestro Señor Jesucristo.*